

boarding pass

Alitalia

NOME - NAME

Gen. Juan Peron

F

1 | C

DEST.

BUE

VOLO  
FLIGHT

Az 2584

16/X 172

PABLO MENDELEVICH

# EL AVIÓN

1972, EL REGRESO DE  
JUAN DOMINGO PERÓN

Espejo de la Argentina  Planeta

Pablo Mendeleovich

# EL AVIÓN

1972, EL REGRESO DE  
JUAN DOMINGO PERÓN

Espejo de la Argentina  Planeta

## Prólogo

Siempre se dijo que el Movimiento Peronista lo abarcaba todo. Desde la ultraderecha hasta la ultraizquierda. Desde López Rega hasta los Montoneros. Del nacionalismo católico al neoliberalismo. De los viejos conservadores a los jóvenes revolucionarios.

Si se afirmara que todas las expresiones del peronismo viajan juntas once mil kilómetros en un mismo avión para ir a Europa a buscar al líder, diecisiete años prohibido en su patria, y vuelven con él... Que en ese avión van todos los presidentes peronistas del siglo XX (Perón, Isabel, Cámpora, Lastiri y Menem). Y que conviven pacíficamente sentados en sus butacas pasajeros que poco después terminarán asesinados por órdenes de otros pasajeros... no faltarán quienes digan que se trata de una ingeniosa obra de ficción. Una extraordinaria metáfora del peronismo.

Pero no fue solo metáfora.

\* \* \*

En el amanecer del 17 de noviembre de 1972, un viernes al que la lluvia torrencial desaconsejaría decirle «día peronista», decenas de miles de personas impulsadas por una irreplicable ilusión salieron de sus casas dispuestas a desafiar a los militares que gobernaban el país. La dictadura de Alejandro Lanusse había dispuesto la espectacular movilización de treinta y cinco mil efectivos en vehículos blindados y de artillería con el objetivo de privar de cualquier recepción popular a Juan Domingo Perón, en torno de quien giraba, más que nunca, la vida de los argentinos.

El segundo presidente derrocado (después de Yrigoyen) se había ido a Paraguay el 2 de octubre de 1955 en un hidroavión tras permanecer doce días flotando en el Río de la Plata a bordo de una cañonera. Pasó poco más de cuatro años exiliado en Paraguay, Panamá, Nicaragua, Venezuela y República Dominicana. Los siguientes doce años y nueve meses se refugió en la España franquista. Su casa de Puerta de Hierro, en las afueras de Madrid, se convirtió en la Meca de la política argentina. Sin embargo, decidió regresar a Buenos Aires desde Roma, ciudad que no pisaba desde los tiempos de Mussolini.

Para sus partidarios, el regreso era la exultante coronación de la consigna «Luche y Vuelve». La vuelta del general había sido el leitmotiv de la Resistencia peronista. En 1964 la primera «Operación Retorno» le había permitido llegar solo hasta Río de Janeiro: el gobierno de Arturo Illia, tutelado —en este tema más que en cualquier otro— por los militares, sincronizó con la dictadura brasileña la decisión de devolverlo a Madrid.

No fue esa la causa del fracaso pero, del lado del peronismo, el frustrado retorno de 1964 fue una gran improvisación. Ocho años más tarde todo cambiaba. Había crecido la generación criada con proscripciones, había surgido la guerrilla urbana, el antiperonismo había perdido impulso y, conducido por Lanusse, el Ejército aceptaba por primera vez la idea de reconocer a Perón como actor político. La vuelta del líder exiliado ya no sería desorganizada ni fallida.

Ese viernes épico Perón vino escoltado por un seleccionado peronista de 147 dirigentes de la nueva y la vieja guardia, sindicalistas, militares, curas, leyendas del deporte, figuras del espectáculo, escritores, incluso algunos aliados extrapartidarios. El peronismo había alquilado en Italia un avión de considerable envergadura que, además, tenía la reputación de haber transportado al papa Paulo VI.

En el avión, el peronismo se representó a sí mismo.

Hizo un alarde del proverbial amplio espectro ideológico. Y de su carácter inoxidable: una de las principales novedades era la generación de peronistas que se reproducía en familias peronistas. A veces también brotaba de padres gorilas.

El vuelo 2584 de Alitalia, el avión de Perón, no solo tenía el propósito de reforzar la apoteosis del retorno sino, asunto más

práctico, debía brindar un escudo protector. Sobre la seguridad personal de Perón sobraban motivos para temer. En junio y en septiembre de 1955 los sectores antiperonistas más radicalizados habían querido matarlo. Al año siguiente se salvó de una bomba que le pusieron en Venezuela en el motor de su auto. Existían en 1972 antiperonistas muy enojados, dentro y fuera de las Fuerzas Armadas, con la decisión de Lanusse de permitirle al «tirano prófugo» volver a la Argentina. Y por otro lado había temores relacionados con enfrentamientos internos y con arrebatos de la ultraizquierda<sup>1</sup>.

Con todo, la histórica antinomia peronismo-antiperonismo parecía estar en proceso de revisión. Se hablaba de un primer paso hacia un entendimiento y se repetía hasta el cansancio que Perón venía en prenda de paz. Quien más lo repetía era Perón, que a la vez alentaba sin disimulo a la guerrilla peronista.

La guerrilla no le daba tregua a la dictadura. Solo se la dio durante esas cuatro semanas en las que Perón volvió a estar en suelo argentino, una calma para muchos probatoria de que la paz dependía mágica y exclusivamente de Perón.

El esperado día del retorno el clima era muy tenso. La dictadura decidió fagocitar el paro nacional que había declarado la CGT mediante un insólito decreto de cese total de actividades, un extraño feriado nacional. Fue la única vez en la historia que un gobierno ordenó paralizar toda la nación para recibir a su enemigo favorito. Reinaban la incertidumbre y la confusión a tal punto que los militares retuvieron a Perón durante doce horas en el Hotel Internacional de Ezeiza sin poder explicar el motivo, episodio que el peronismo no tardó en describir como una detención ultrajante.

Pocas cosas estaban claras aparte de la algarabía peronista.

Las expectativas formaban un mosaico cuyas partes no encajaban unas con otras. Cada sector esperaba de Perón lo que deseaba. A los peronistas clásicos Perón les repondría los tiempos felices. Al

---

1. Un documento reservado que la Comisión de Regreso del peronismo le hizo llegar a Perón advertía: «Existen grupos —poco numerosos pero muy exaltados y activos— que están determinados a que dicho regreso no se realice. De estos grupos, tanto los gorilas como los extremistas pueden llegar hasta el atentado personal». El documento se publica completo en págs. 91-101.

sindicalismo enfervorizado le iba a desmalezar el Movimiento sacando infiltrados y traidores. Sorpresivamente, la ilusión del retorno aparecía compartida por miles de jóvenes recién asomados a la política, luego protagonistas de la década, quienes le atribuían al líder las virtudes de un revolucionario capaz de conducirlos a la liberación nacional y, de allí, a la patria socialista. Núcleos de las clases medias tenían sus esperanzas puestas en la capacidad exclusiva de Perón para poner orden en una Argentina acechada por el terrorismo. Lo percibían como el garante de la pacificación nacional. «El Viejo sabe», se decía.

Con su entrenada maestría ecuménica, su calculada ambigüedad, el general alimentaba en forma simultánea todas las esperanzas. Se movía igual que un campeón de ajedrez que juega diez partidas diferentes a la vez. El país se estaba peronizando. Para comprobarlo no hacían falta las encuestas, que no existían con la inmediatez de hoy, se lo palpaba en cualquier esquina. Las urnas lo corroborarían en cuatro meses.

Resultaba fácil, también, entrever que la dictadura soñaba con sucederse a sí misma. Lanusse nunca en su vida llegó a hablar en forma directa con Perón (según una versión, los dos militares se cruzaron una vez en 1944 en un regimiento mendocino), pero desde 1971 venía pulseando con su camarada de armas, océano Atlántico mediante, con la tensión propia de dos duelistas corajudos, seguros de que al final solo sobrevivirá uno. Aventajado por el control del proceso electoral, lo que quería Lanusse era sacar del juego a Perón para erguirse él, probablemente, como un candidato concertado de civiles y militares. Intención nunca explicitada que la realidad se encargó de disolver.

Por esos días la reapertura de la actividad política era furor, mientras en la escenografía resplandecían variadas violencias. Los setenta habían empezado con el secuestro y asesinato del general Aramburu por los Montoneros, entonces un reducido grupo de veinteañeros. Las consignas combativas de las columnas juveniles encontraban cierto consenso social cuando reivindicaban el asesinato de Aramburu y prometían vengar la Masacre de Trelew, ocurrida apenas tres meses antes de la llegada de Perón. Todavía Perón llamaba cariñosamente «formaciones especiales» a las organizaciones guerrilleras. Las alentaba mientras decía que volvía en

misión de paz y se describía como un león herbívoro. Lanusse esperaba que Perón frenara a la guerrilla y Perón usaba su proverbial ambivalencia para acicatear a la dictadura.

\* \* \*

Este libro reconstruye los hechos del primer retorno efectivo de Perón (el retorno definitivo sería ya bajo un gobierno peronista, siete meses más tarde, el 20 de junio de 1973, cuando se produjo la Masacre de Ezeiza), con la perspectiva que da el paso de medio siglo. Los acontecimientos del retorno y los intensos 28 días que Perón permaneció en el país marcaron el futuro argentino, lo que vuelve más asombroso que esta historia haya quedado pendiente de una reconstrucción integral.

Yo tenía dieciocho años cuando volvió Perón. Acababa de entrar a la Facultad de Filosofía y Letras. Empecé a trabajar en periodismo el 15 de marzo de 1973 (mi primera nota fue sobre el comportamiento del voto femenino en las elecciones del 11 de marzo que ganó Cámpora), es decir que en noviembre de 1972 carecía de otra razón, aparte de la curiosidad, para querer ver en persona al mito, a Perón. Nada muy singular en el contexto de la huracanada politización juvenil.

Esa misma curiosidad hizo que me acompañara a Gaspar Campos mi amigo y compañero del Nacional Avellaneda Rubén Font. La única diferencia fue que, cuando Perón se asomó al balcón, Rubén se sumó a los entusiastas cánticos peronistas. A mí mismo me recuerdo con la sensación de estar viajando gratis por adentro de la historia, concentrado en observar tanto a Perón, leyenda viviente, como a la no menos sorprendente excitación que causaba en quienes acababan —acabábamos— de conocerlo<sup>2</sup>. Los de mi

---

2. En 1973 y 1974 tuve oportunidad, ya como periodista, de volver a ver a Perón tres o cuatro veces. En una de ellas hasta le tomé, desde bien cerca, varias fotografías que conservo (y que he tenido la prudencia de no publicar en atención a su baja calidad). Pero la ocasión que más recuerdo sucedió en la mañana del 11 de abril de 1974 (yo tenía diecinueve años), cuando me tocó cubrir, en el Sector Militar de Aeroparque, la partida de la vicepresidenta Isabel Perón a Bariloche. El presidente Perón, que fue a despedirla, nos saludó uno por uno a los diez periodistas que estábamos allí. Ante la pregun-



generación no teníamos edad para recordar al último gobierno peronista.

En 1997, cuando se cumplieron veinticinco años del chárter, como editor jefe de la Segunda Sección de *Clarín* hice la primera investigación periodística sobre el tema, que insumió cinco páginas<sup>3</sup>. Obtuve nueva información y publiqué otra extensa nota en *La Nación* un lustro más tarde<sup>4</sup>. Es bastante obvio que el 17 de noviembre de 1972, el otro 17, más allá de que después los resultados no coincidieron con los sueños para ninguno de los actores, alcanzó la jerarquía de momento fundacional. Pero en mi memoria fue, además, una especie de verificación iniciática *in situ*.

Ningún argentino que vivió esa historia olvidó la icónica foto de Perón bajo el paraguas sostenido por Rucci ni a Chunchuna Villafañe entre los pasajeros del avión. Tampoco la reposición del saludo de Perón con los brazos levantados en la ventana de Gaspar Campos. Quienes nacieron luego solo escucharon relatos de la epopeya del primer retorno, que con el paso del tiempo empezó a ser confundido con el segundo.

Pocos protagonistas de la época viven hoy, aunque muchos dirigentes del peronismo y militantes conocen de cerca, por los relatos de boca en boca, diferentes partes de la historia que aquí se reconstruye. Al contactárselos para este libro, en la mayoría de los casos fue necesario aclarar dos veces que la investigación estaba focalizada en la vuelta de Perón de 1972 y no en la de 1973, coloquialmente en «el chárter» y no en «Ezeiza». Si eso le sucede a la dirigencia, es comprensible que también les pase a muchas otras personas.

A los más jóvenes les faltó asistencia, tal vez, para encastrar todas las piezas. Nada menos que las piezas de la génesis política de la década argentina más intensa, probablemente, del siglo XX.

No es que hayan sido olvidadas las emociones colectivas ni que a los sucesos de esas semanas se los hubiera soslayado a propósito.

---

ta de por qué no viajaba él también, como se había anunciado, Perón nos dijo: «Alguien se tiene que quedar a atender el boliche».

3. «El otro 17, un cuarto de siglo después», diario *Clarín*, 16 de octubre de 1997. Investigación realizada con la colaboración de Guido Braslavsky, Eva Marabotto y Héctor Pavón.

4. «El día que volvió Perón», *La Nación*, 17 de noviembre de 2002.



Más bien pudo haber ocurrido que una historia tan densa se grabó en la memoria con estampas sueltas que se disputaban entre sí el pedestal de la trascendencia. Al consagrarse el 17 de noviembre como Día de la Militancia, la propia liturgia peronista puso en un segundo plano los demás sucesos. Se hizo foco en los miles y miles de jóvenes que se lanzaron a las calles para ir a recibir al líder, hazaña más intrépida que victoriosa, predestinada a volverse heroica. Pero también sucedieron entre noviembre y diciembre de 1972 otras cosas fundamentales: la pulseada con Lanusse que hasta hizo salir de la clandestinidad a Evita muerta, el inigualable chárter, la reforma de la Constitución, la reconciliación de Perón con Balbín, los encuentros multipartidarios en el restorán Nino, la nominación de Héctor Cámpora para presidente. Y, sobre todo —vale la pena repetirlo—, la bautismal entrada al setentismo que para muchos jóvenes significó, frustrado el acceso a Ezeiza, la experiencia de tener al mito delante, a diecisiete cuadras de la Residencia Presidencial de Olivos, en una calle de Vicente López que nadie, aparte de los vecinos, antes había escuchado nombrar.

No todo fue glorioso. Entre las contracaras del retorno sobresalieron la jerarquización del tercer habitante de la nueva casa, José López Rega, quien pasó de mayordomo a secretario (de ahí a ministro y más tarde, superministro y jefe de la Triple A), el malentendido histórico del líder con la guerrilla peronista que terminó usando las armas contra el propio gobierno peronista y, por cierto, el deterioro de la salud de Perón, que el viaje y la cercanía con la embrollada realidad argentina aceleraron de manera catastrófica.

¿En qué momento decidió alcanzar de veras —no ya como evanescente ilusión— la presidencia por tercera vez ese Perón de salud debilitada, percibido por públicos diversos y antagónicos entre sí como el Mesías argentino? Hoy se sabe que, lo que en la época era una conjetura susurrada, estaba escrito en la historia clínica. La vuelta, objeto de veneración en el peronismo, fue ni más ni menos lo que precipitó su final<sup>5</sup>. Fue el principio del fin de Perón.

---

5. Perón murió el 1º de julio de 1974, es decir ocho meses y diecisiete días después de haber asumido la presidencia por tercera vez. De su primera vuelta al país solo había pasado un año, siete meses y trece días.

Chárter, un anglicismo que recién en los noventa la Real Academia acogió, no era una palabra conocida en la Argentina antes de noviembre de 1972 fuera del ámbito de unas pocas agencias de turismo. En la calle se argentinizó de golpe, con artículo determinante pasó a denominar la irrepetible radiografía del peronismo. Más metáforas: el histórico avión de Alitalia fue vendido varias veces, sobrevivió a un huracán y terminó sus días en África como carguero, antes de ser desguazado. Ya no se llamaba «Giuseppe Verdi» sino «Correcaminos».

La camaradería entre los acompañantes se terminó una vez que Perón los agasajó con una comida. Cada uno recibiría una medalla recordatoria, pero significativamente casi ninguno de los sobrevivientes o de los descendientes la conserva. A algunos se la robaron en allanamientos padecidos como parte de la persecución política. Otros, ya en democracia, fueron víctimas de ladrones comunes. Ojalá eso hubiera sido todo.

El chárter de Alitalia pasó a la historia. También la depurada lista de pasajeros, que incluyó a todos los presidentes peronistas del siglo XX. Pero otra parte de esa historia fue trágica.

La unidad, esa unidad única embutida en el DC-8 gracias a la causa compartida de traerlo a Perón, se esfumó rápido. De la armoniosa radiografía aérea se pasó, casi sin escalas, a la violencia. Entre otros miembros de la comitiva que terminaron asesinados, al sindicalista Rogelio Coria lo mataron los Montoneros en un ascensor, de ocho balazos. Este grupo, en el avión, ocupaba —sin nombres conocidos públicamente— siete butacas. A los pasajeros Rodolfo Ortega Peña y Carlos Mugica los acribilló la Triple A conducida por López Rega, pasajero de primera clase.